

CHANGÓ Y LA SANGRE

Por JOSE ANTONIO MASES

UN día hubo bronca, al amanecer, en el barrio de Las Yaguas. Fue en la casa de Chela, la negra retinta que andaba mal de los nervios desde que Mongo, el marido, volvía a dormir muy tarde y bebido y mal hablado siempre. Y todo ocurría desde que él perdió el trabajo en la bodega de Marianac. A Chela le dio un ataque, quiso matar al negro con un machete de la zafra, pero acudieron a tiempo los vecinos y se llevaron a Mongo, asustado, dejando a la mujer soliviantada cara a cara con los santos que adornaban y protegían la casa.

La negra, con sangre lucumi en las venas ardientes, adoraba día a día a sus tranquilos dioses africanos, rodeados de flores y vasos de agua en los altares que llenaban la casa pobre y, en trances como éste, acudía a ellos sumisa y esperanzada y tramaba allí mismo la manera de que tendría que valerse para conseguir un gallo negro, que tanto complacía a Changó, su dios favorito, o unas palomas para Obatalá.

Una vez tuvo Chela un problema muy serio con Mongo, porque hizo un viaje a Matanzas sólo por conseguir chivos para Ochún; pero, a la larga, bien ce-

lebró el marido los beneficios obtenidos del sacrificio de aquellos animales: Mongo había encontrado trabajo en seguida y a ella no le dieron los ataques durante más de un mes.

Casó, Nana Buracá, Ogún, Ochosí, Obatalá, Ozocú, Bacoyo, Llansá, Ollá, Yemayá, Ebelli... Las imágenes recibían las ofrendas y las adoraciones en silencio, pero las cintas de colores, los animales, los collares, las telas de seda azul, blanca o roja, los claveles, las margaritas, los lirios y los gladiolos que Chela iba reuniendo aquí y allá poniéndolos a los pies de las deidades, surtían sus efectos y la negrita disfrutaba de la ilusión de ver alejarse a los malos seres, a las personas dañinas, a los enemigos de su vida y a las hembras que rondaban a Mongo más de cuatro veces.

Ahora tenía la certeza de que Mongo tardaría en volver a casa. El negro era miedoso, sabía que ella, navaja en mano, era capaz de abrirle la barriga, por aquel endemoniamiento de los ataques. Sabía que él andaba huido por La Habana hasta que a ella se le fuese quitando el arrebato; después, él volvería manso como un cordero. Pero había que hacer algo. Chela quería al negro, no podía pasar

las noches sin los brazos duros y calientes de Mongo, sin su voz ronca y dulce como agua de coco, sin su cariño de perro goloso y obediente. Quería a Mongo, tendría que buscar de nuevo al babalao y hacerse otra limpieza completa, porque el mal estaba en ella y al hombre se le iba pudriendo la sangre de verse sin trabajo. Aquello era cosa de Echó, el diablillo travieso que se enroscaba en la carne de las personas felices.

Había que preparar la fiesta de los santos. Claro que todo aquello subiría a unos cuantos pesos, pero, al menos, el santero no le cobraba, que era medio pariente. La última vez le había salido todo por sesenta pesos, contando los colmillos de perro, las rositas de maíz y el coco de Obatalá, las naranjas, los platanitos, la miel de abeja y otras dulzuras para Ochún; los caracoles, los saquitos de incienso y el polvo de sapo. Si encontraba a la persona que ella buscaba, tendría el dinero. Si no, vendería la radio o las colchas. Todo debía ser hecho antes de que Mongo volviera. De momento, esta noche colocaría bajo la almohada las tijeras tocadas con piedra imán, en forma de cruz y, con un pedazo de los calzoncillos del negro, amarraría los siete nu-

dos pronunciando siete veces el nombre del hombre huido. Y a Mongo le saldría una colocación en seguida.

Una vez que el babalao dio el asentimiento, Chela habló con el muchacho del bongó, que debía tocar en el acto. El bongosero le cobraría siete pesos y Chela aceptó.

Anduvo la negra de casa en casa, sigilosamente, porque a los santos no les agrada el estrépito ni la interferencia de gentes extrañas; y consiguió varias cestas de fiamas, de maíz tierno y de quimbombó; fue a Guanabacoa y trajo de allá, de los parientes, un envoltorio de pescado ahumado, nueve bollos, una caja de cartón repleta de caimitos y una gallina negra. La casa se iba preparando para la gran ceremonia. Faltaban las velas, la batea, el agua de albahaca y algunos condimentos más. A los dos días de estos preparativos supo Chela que Mongo andaba por La Habana vieja arrimado a las esquinas, sin ganas de volver al barrio. Y, a las cuatro, todo estuvo listo y empezó la limpieza.

A oscuras, en el cuarto, el babalao pidió a la negra que se despojara de las ropas y se tumbara en el suelo boca abajo. Ella empezó a desnudarse con pris-



y con fe. Al besar el piso, el sacerdote crisha le exigió que pronunciara el conjuero ritual:

—Cabie sile, Changó; cabie sile.

El muchacho del bongó andaba a oscuras por un rincón y zumbaba el pellejo del instrumento sin cesar. El cuerpo de Chela fue purificado con el agua de albahaca y después frotado con la gallina negra. La mujer, plenamente entregada a la voluntad del babalao, sentía escurrirse la manteca de corajo desde la cabeza hasta los pies y miraba con ternura, en la imaginación, a su negro querido.

Llamaron a la puerta. Dijo el babalao, rápido:

—No se abra. Puede ser la policía.

Entonces, el sacerdote ordenó que la negra se cubriera con una sábana blanca. Sólo faltaba arrojar el pollo negro para que se llevara el resto del mal que pudiera resistir aún en el cuerpo de Chela.

Llamaron otra vez a la puerta y, tras los golpes, la negra vio venir la voz ronca y dulce de Mongo. Ardía en deseos de estar con él, pero dijo que no, que no se abriera la puerta. El no debía saber nada del edespojos. Mongo llamó dos o tres veces más. Después pensó que la mujer seguía «brava» con él y se alejó de nuevo, las manos en los bolsillos del pantalón.

«Tengo que llevarle un médico, tengo que conseguir unos pesos sea como sea...»

Encuentra al conocido:

—¿Y qué, Mongo?

—Aquí, mi socio.

—¿Desde cuándo madrugamos así?

—Na, que a la Chela le ha dao el ataque otra vez. Y he dormido ahí, en el parque.

—Parece mentira, viejo. Teniendo la casa mía, como la tienes...

—Gracias, tú. No es eso. El problema es que sali con la sangre caliente y me lié a dar vueltas hasta que me dio el sueño ahí mismo, en aquel banco.

—Oyeme, pero lo de la mujer tuya no hay quien lo entienda. Tan normal como luce, tú... ¿No?

—Na, que le dan unos ataques que la dejan frita. Y todo le parece poco para curarse con babalao y «limpiezas».

—¿Dime tú! Un buen médico y se acabó.

—A eso voy, si puedo.

—Ya.

—¿Tienes un cigarro?

El otro le alargó el cigarrillo, le da lumbre.

—¿Y de trabajo?

—Na. Estuve ocho días en los muelles de San Francisco, cargando sacos de azúcar pa un barco. Pero hubo una huelga por un jornal que reclamaron o no sé qué basura de ésas. Y a la calle, a rodar como un maleante.

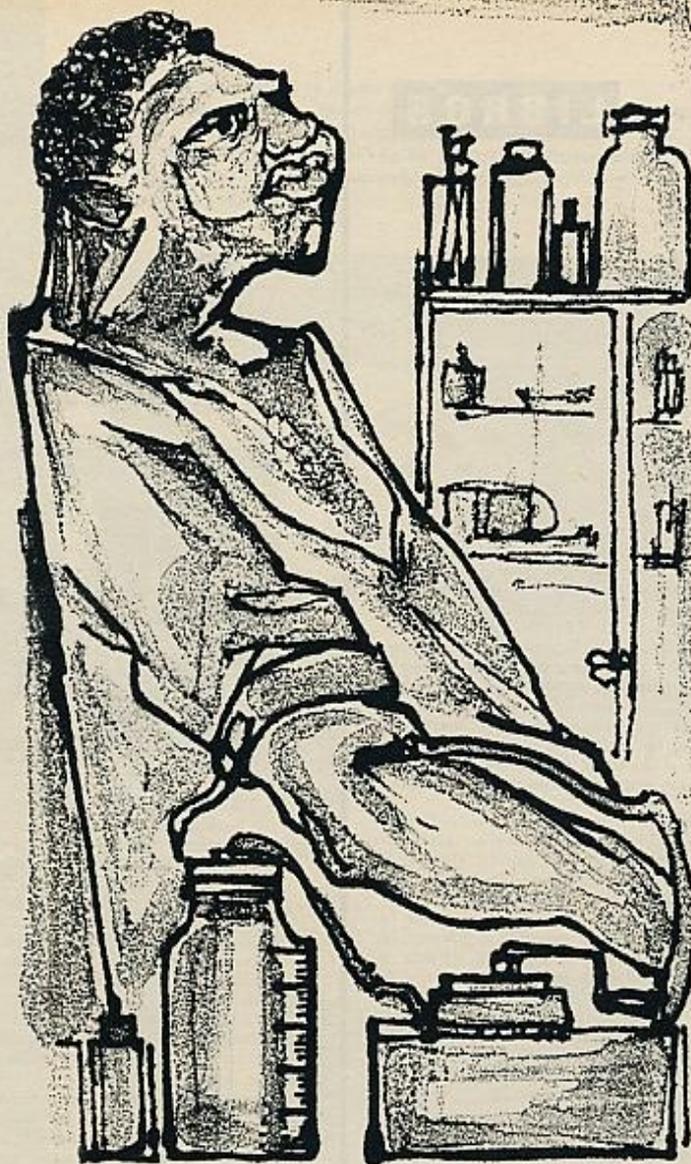
—Chico, ¿por qué no vas a la Oficina de Colocaciones aquí, detrás, en Campanario y San Rafael?

—Pa na.

—No, en serio, que se consiguen pocas buenas. Date una vuelta por allí, madrugando y vete, que hay mucha gente. Ahí colocaron a Cachimba, el polaco.

—Cachimba...

—Sí, chico, el de la hembrita aquella medio guajirita ella, mona, que ahora se le escapó pa Miami.



—Ah, sí.

Del bar llamaron al conocido. Se despidió de Mongo.

—Bueno, tú, pues que se te arregle eso.

—Ta luego, viejo.

El otro se fue y él quedó clavado en la acera, perdido, quizá acordándose de Chela. Pasó un coche ocupado por tres individuos que arrojaron papeles a los viandantes. Pocos se detienen a recogerlos, probablemente por temor a ser observados por los policías. Mongo vio un pasquin a sus pies y quiso enterarse de lo que decía. Lo recogió y dijo a la muchacha que pasaba:

—¿Qué dice aquí, joven?

Ella le miró y pasó fugazmente los ojos sobre el papel impreso.

—Vote por el nuevo alcalde, el alcalde que necesita La Habana: Justo Luis del Pozo, un hombre que promete, un hombre que dará. ¡Vote por él! Partido Unión Radical.

—Gracias.

La muchacha se alejó y antes de doblar la esquina volvió la cabeza. Mongo sintió vergüenza por él mismo, por alguien, por algo.

Se detuvo frente a la Oficina de Colocaciones. Había varias personas esperando afuera: eran hombres y mujeres

jóvenes. Una muchacha se protegía del sol con un periódico sobre la cabeza.

—A la cola, a la cola —le gritaron.

Se puso a la cola, sin esperanza.

Al cabo de diez minutos salió el empleado de la Oficina con unos papeles en la mano. Dijo:

—Silencio.

Callaron. El empleado leyó:

—Se solicita hombre blanco para casa de poca familia, buen sueldo, comidas.

«Hombre blanco...» Hundió Mongo las manos en los bolsillos del pantalón. Inclino la cabeza y se alejó de allí.

Anduvo hasta el Malecón. Quiso volver a Las Yaguas, pero resistió. No vería a Chela hasta la noche. Se sentó en el Muro y, de pronto, alzó las manos a la altura del pecho y se puso a examinarlas como si jamás las hubiese visto; sus manos, eran sus dos manos duras y grandes, las manos que agarraban una pala o apretaban con dulzura el cuerpo de Chela; manos hermosas e inútiles, cansadas de la espera y quizá destinadas, como otras manos, a empuñar un fusil; manos prietas y dóciles, ligeramente blanqueadas en las cuencas vacías, siempre vacías.

Después de aquello, vino la fiebre a Chela.

Y Mongo sabe que ella no es mala. La negra tiene sus días de subirse el santo a la cabeza, como cuando se obstina en acatar la voluntad del babalao y se pasa las horas reuniendo y alquilando artículos y yerbas milagrosas para ofrendar a los dioses africanos en pretensión de alguna gracia o favor en que también él, Mongo, está siempre envuelto. No es mala Chela y verá ahora tumbada en la cama con la fiebre ardiéndole en la frente y en las manos desde el alba a la noche, no es cosa de risa. Pero ¿a dónde va él sin un peso en el bolsillo? Hasta el recibo de la clínica está sin pagar y no hay manera de ponerse al día.

El vaso de agua a los pies de Changó y las hojas de cumbustera y de camagüira bajo la almohada, son quizá para ella la posibilidad de una curación sin boticas, pero él no cree tanto en recomendaciones y pláticas de santeros y yerberos adúlteros. Y, como a cualquier hombre, lo que más le duele al cabo es la idea de que la criatura se va a malograr. La negra está encinta.

Dice la enferma:

—¿A dónde vas?

—Déjame a mí.

Una vez le hablaron de aquella oficina del Vedado donde dan dinero.

Ha visto el lettero a la puerta, ha corrido el largo pasillo de paredes blancas y mosaicos relucientes y ha preguntado a una enfermera. Van y vienen hombres y mujeres de blanco y en el aire hay como una cargazón de cansancio y de alcohol.

Le llega el turno.

—¿Usted?

Levanta la manga de la camisa del brazo izquierdo y señala las venas rotundas y hinchidas bajo la piel negra. Puntualiza:

—Vender sangre.

—Pase y espere, tenga la bondad.

Son unos minutos de febril espera; es feliz y al propio tiempo es el hombre más triste del mundo. «Chela tendrá un médico», piensa. Tiene que responder a unas preguntas para la ficha.

Acostado ya sobre la camilla metálica y los ojos fijos en la lámpara del techo, percibe un trasiego de gavetas que se abren y se cierran, pasos, un leve canturreo de la enfermera, la compresión de la goma, el tanteo en la vena del antebrazo y, de pronto, la aguda punción que no le sobresalta. Después cree que se le nubla la vista y, ya en pie, le tambalean las piernas, pero no se cae. Oye, como a una distancia de cien metros, la voz de aquel hombre:

—Lo suyo son cinco centímetros cúbicos del grupo universal. A quince pesos, setenta y cinco. ¿Okey?

—Ta bien —dice Mongo, guardando el dinero.

Está contento de meter en el bolsillo aquellos pesos. Está contento de poder echar a correr en este instante y llevarle en seguida un médico a Chela. Está contento de ser negro y de estar en el mundo, pero siente asco de ser hombre al lado de los hombres. Se enorgullece de haber podido vender un poco de su sangre por Chela, pero sabe que tendrá que pasar mucho tiempo antes de enterrar aquel asco.